

en nuevos cuerpos de la humana especie, como asegura la Mitología, aunque ningún cristiano así lo aprecie.

En las encrucijadas de caminos de tránsito importante se hallaban levantadas, para servir de guía al caminante, estatuas, que llamó Hermes la legendaria y culta Grecia y cuyo nombre ésta difundió.

Con el mismo se aprecia a Mercurio también; y así, no oses poner en duda su ejemplar valía, pues uno de los doce grandes dioses lo fue Mercurio en la Mitología.

RUFINO SAUL

Del «Instituto Argentino de Investigaciones Históricas», de Buenos Aires. (R. Argentina).

X

LUIS DE HORNA

Aquí vive un pintor



Si enumerásemos los premios importantes que, a lo largo de su cortísima carrera, ha cosechado Luis de Horna, no acabaríamos. Diremos que, entre otros, obtuvo el primer premio de carteles del pabellón de España en la Feria Mundial de Nueva York. Premio Saulo al mejor cartel editado en España en el año 1963. Vuelve a obtener el mismo premio en el año 1964. Y en el año en curso obtiene el premio Lazarillo. Sus trabajos han sido seleccionados por la revista japonesa «Idea de Tokio».

Todo esto y mucho más a la edad de 23 años.

—Luis, ahora que se te ha entregado oficialmente el premio Lazarillo es momento oportuno para que te haga una entrevista.

—Pues muy bien, pregunta.

—Tú, que ante todo te consideras pintor, pega cuatro brochazos y danos tu autorretrato físico.

—¡Qué preguntas haces! Y yo que sé.

Tipo medio de hombre, tirando a alto. Ni gordo ni delgado. Poco amigo de la bulla y muy amigo de bostezar. Bosteza lenta, lentamente, con verdadera delectación.

—¿Por qué bostezas con tanta facilidad?

Sonríe y me dice que no saque a la luz esa pequeña debilidad.

Debe de ser porque se levanta muy temprano, con los gallos. Su vicio es el trabajo. Come poco. No bebe. No fuma. Su vicio son los colores.

Horna es tímido. No es correcto a la manera tradicional. No está pendiente de abrir una puerta, de salir antes o después, de ceder su asiento. Tampoco sabe guardar las formas y dice siempre lo que le parece y se irrita y revienta si le hacen un par de preguntas estúpidas. Pero hasta para irritarse es tímido y más parece desconcertado y acorralado que irritado. Yo puedo decir que, según mi forma de

entender la corrección, Luis es una de las personas más correctas que he conocido; no sabe nunca decir que no y jamás se cansa de hacer favores.

—Luis ¿por qué eres tan introvertido?

—No sé. Desde niño fui un ser solitario.

—¿Por qué?

—La gente me atonta. No sé explicarlo. En el estudio, entre pinceles, paletas y colores y con un lienzo por frente me encuentro a mis anchas, como protegido.

Muy pocas veces le he visto con una camisa blanca y una corbata. Siempre va muy afeitado. Muy de cuando en cuando va al cine. Su vida es ascética. Yo me le imagino perfectamente convertido en lama, meditando encima de una piedra y extendiendo su mirada sobre una inmensidad. Luis tiene unos ojos nostálgicos que miran francamente a la sombra de unas tupidas pestañas.

—¿Recuerdas el primer dibujo que hiciste?

—Quizás.

Se detiene. Sonríe. Ríe abiertamente.

—Pues. Una vez, (lo hice inocentemente, te lo juro) en el primer año de interno en el colegio (pon que tenía yo ocho años), quizás ya el colmo del egocentrismo, unté el dedo en mi propio excremento y puse YO con letras gordas.

—¿Qué impresión te produjo el verlo finalizado?

—Muy buena.

Ríe con la felicidad de un infante. Tiene rebotes de travesuras a los 23 años. Los chistes marrones le apasionan. Le ponen rojo como un cangrejo, de tanto reír.

—De niño ¿cuál fue tu pintor favorito?

—El Greco. Todo empezó por un documental que nos pusieron en el colegio, del Entierro del Conde de Orgaz. Ese mismo año vi el cuadro en la realidad y me maravilló. Fue, quizás, lo primero que gusté de pintura. Ahora me doy cuenta de que no podría ser de otro modo. Todo en el Greco es literario, quizás en demasía. En aquel cuadro todos los personajes parecen darse cuenta de que los estamos mirando y ponen un poco de cosa ficticia en los gestos, en las miradas. Quizás sea por esta razón por lo que el Greco gusta tanto a la gente: por su mediocridad.

—¿Pintor favorito en la actualidad?

—Zurbarán.

—Es extremeño, macho.

—Como mi novia. En Zurbarán no hay teatro. Hay verdad. Sen-



El novelista D. Víctor Chamorro y el pintor entrevistado
D. Luis de Horna.

cillamente está ahí. Ahí están sus monjes, esperándonos, sumergidos en el misterio. Misterio de Zurbarán. Misterio tranquilo del hombre que lo ignora todo y todo lo sabe. La luz de Zurbarán es luz de espera. La misma luz del día que se va y envuelve en sed de Dios. (Digamos por Dios lo que se entiende por Dios. Nada de causas, energías ni porras. Dios es Dios).

Se nos ha embalado. Cuando muy de tiempo en tiempo sale de su mutismo dice cosas estupendas.

—Esta espera apacible, ignorante, pero llena de confianza en la que nos da Zurbarán. Creo en Dios y me basta con ver, únicamente, aquel bodegón que pintó. A mi nadie ha sabido decírmelo de esa manera.

Hablamos en la terraza de su casa. Al fondo, bañada en luz dorada, la masa de la catedral nueva como un lingote gigantesco. Más al fondo aún, como un ideal inaccesible, unas montañas dibujadas en el horizonte con trazos finísimos emergiendo de una neblina azulada.

—Vaya sitio para escribir, Luis.

—De noche es fantástico.
—¿No te parecerá estúpido que te pregunte acerca de lo que entiendes por pintura?

—La misma palabra lo dice. PIN-TU-RA. La pintura es la pintura por más vueltas que le demos.

—Desde luego no has iluminado mucho el panorama. ¿Nada más? Se rasca su cabeza de monje, bosteza y añade.

—Un pintor puede ser un fotógrafo de lo infotografiable.

—¡Muy bueno!

—¡Déjate de tonterías! Pintar es ante todo crear. Para crear, el pintor se vale del color, de igual manera que un arquitecto se vale, materialmente, de un ladrillo. Un ladrillo por separado no tiene importancia alguna de igual manera que los colores, por sí mismos, aislados, nada dicen. Un color sin otro color al lado, no es color. Es un nada. No sé si me explico.

—Sigue.

—Un ladrillo. Eso es. Los colores agrupados, distribuidos, mezclados, nos dan en los cuatro límites de un lienzo, un cuadro.

—Sigue.

—Como pintor tengo miedo del momento en que me enfrento con un lienzo en blanco. ¿Cómo se empieza? El caso es que se empieza. Ya es todo hacer y hacer. Orgasmo puro es todo ello. Y cuando acabas y te quedas mirando como atontado hasta a veces treinta y cua-

renta minutos, es como cuando se ha acabado el acto y quedas sumergido en sus brazos, amorosamente enzarzado en sus cabellos, pensando en el hijo que un día correrá por los jardines o se irá a bañar al río. Medio atontado y lleno de sopor. Entonces el cuadro no es sino algo que ha salido de ti, de tu sangre, de tu carne, lo quieres como a ti mismo pero te das cuenta de que ya no te pertenece.

Se detiene. Luego continúa:

—Y te das cuenta qué poca cosa es lo que has hecho. Que hay otros mejores rondando en la cabeza, en el rincón en donde se clasifican y se crean los colores y las bellas imágenes. Ya estás de nuevo con el ansia de rajar, abrir y desgarrar.

—¿Qué sientes cuando pintas?

—Son unos momentos en los que todo cuanto tienes te sobra. Te sientes, al mismo tiempo, débil y lleno de potencia. El cuadro va saliendo trabajosamente. A veces tienes miedo de no poder llegar a su término, pero en el fondo sabes que lo conseguirás porque crees en ti mismo. Te sientes invadido por una fuerza extraña. Yo no le doy mérito a ser pintor porque no eres responsable de ello. Eres pintor porque no tenía más remedio de ser así y no de otra manera. Picasso es admirable, pero él no tiene la culpa. Un artista es como un profeta que habla y dice cosas magníficas y quizás ni él mismo las entiende. Por eso entiendo que una escuela de arte es una estupidez. O se tiene o no se tiene.

Bosteza y se queda mirando fijamente a un punto en la pared.

—¡Luis!

—¿Qué has preguntado?

—Que si te hubiera gustado dedicarle a una manifestación artística más espectacular que la pintura, algo que te hubiese puesto en íntimo contacto con el público, por ejemplo director de orquesta, torero, actor de teatro o director de cine?

—Buscar espectacularidades en el arte es mentir.

—¿Nada más?

—No concibo a un ser como Zurbarán, de haber vivido ahora, vestirse de buzo y subirse a la Giralda a decir tonterías por un altavoz.

—Luis: métete con alguien, que esto está resultando muy soso...

—¿Con quién?

—Con alguien. Con algún pintor, con la política, critica alguna cosa que veas mal.

—Bueno, pues...

Se pasa la mano por la cabeza. Duda un instante. Luego dice:

—Con los que compran cuadros. Odio las aperturas de exposiciones porque se te presenta una avalancha de gente, *snoob* muchos de ellos, que te arrancan a tiras esas pobres y parcas palabras que tú puedes decir de tus cuadros. Dices bobadas y tienes que sonreír sin descanso. Si chuleas de genial, a la gente le encanta. Si te manifiestas como eres de verdad, la gente se asombra y se decepciona. Te dicen que el cuadro es muy caro y que por dos mil pesetas menos se lo llevan. Y te sientes en el fondo, humillado de tener que hablar de dinero con esos fabricantes de ollas, que sólo te compran porque eres joven y «por si luego resulta que...».

—Sigue...

—Y luego te sonríen y te miran con esa familiaridad con que los ricos miran a sus criados.

—¿No te parece un poco exagerado lo que dices?

—No sé...

—Para terminar, ¿cómo ves la juventud actual?

—Bien.

—¿Qué opinas del momento político actual?

—Yo soy pintor.

—Pues píntanos el momento político, religioso y social de tu generación.

—Yo soy pintor, macho.

Lo diré yo por él. A pesar de tener un hermano jesuita, no es nada clerical. Los Yeyé que hacen ruido le gustan. Admira a Zurbarán —como ya han leído antes—, y le entusiasman Tapiés y el Bosco. Escribe y edita cuentos infantiles de princesas que lloran porque han sido raptadas por gigantes malignos, pero luego llega el caballero y las libera y se casan y son felices y comen perdices. Hace maravillosas fotografías; de un trozo de alabastro fabrica un medallón, y un trocito de madera, entre sus dedos, se transforma en algo extraño que lleva su sello.

Y antes de terminar y de que se nos olvide, diremos que Horna es un admirador de Cáceres, sobre todo de su ciudad monumental.

—Una última pregunta: ¿qué proyectos tienes?

—Proyectos, no. Realidades. Acabo de parir una serie de hombres sumergidos en el espacio. Hay máquinas de azotar astronautas. Baterías terrestres en combate con objetos no identificados. Batman y su genealogía. Astronautas que no son sino ... que salen al exterior por un tubo de la gran máquina que los engendra. Salen de huevos de hierro, vagan por el espacio con sus cordones umbilicales rotos.

Algo alucinante y deprimente. Que conste aquí que he sido el primero en pintar la epopeya, triste epopeya, del hombre en el espacio.

-Bueno, entre los proyectos está el de ilustrar tu tauromaquia fantástica. A ver si empiezas pronto...

-¿Quieres desde aquí enviar un pequeño mensaje a Mérida?

-Pues sí. Salvando el retruécano, Felicidad me ha dado la felicidad.

He aquí el hombre. El pintor. El pintor y el hombre. Todo mezclado es igual a Luis de Horna. Que apenas descansa. Que pinta y pinta en busca de su forma. Una forma que va consiguiendo, pues el que ve un cuadro suyo dirá en adelante: «Esto es horniano».

VICTOR CHAMORRO

Hervás, Marzo 1967.

IDEARIO EXTREMEÑO

... no una altiva columna vencedora

que jamás rinda con su planta, impío,

el tiempo destructor, alzar intento;

yo con pasar mi tiempo me contento.

JOSÉ DE ESPRONCEDA

Seis primaveras

A mi hija Pepi y a sus cinco compañeras del Colegio Mayor de Santa María de la Almudena.

Seis mocitas en torno de una mesa
signando a España con su arcilla nueva:

Una, dibuja;

otra, sueña.

Una, cose y sonríe;

otra, busca el secreto de las ciencias.

Una, escribe sus cosas;

otra, acaricia una muñeca...

Seis en torno a la mesa

y la gracia de Dios en todas ellas.

Seis regatillos

de aguas someras;

seis cielos de nubes blancas

prendidos de doce estrellas;

seis sirenitas del mar...